

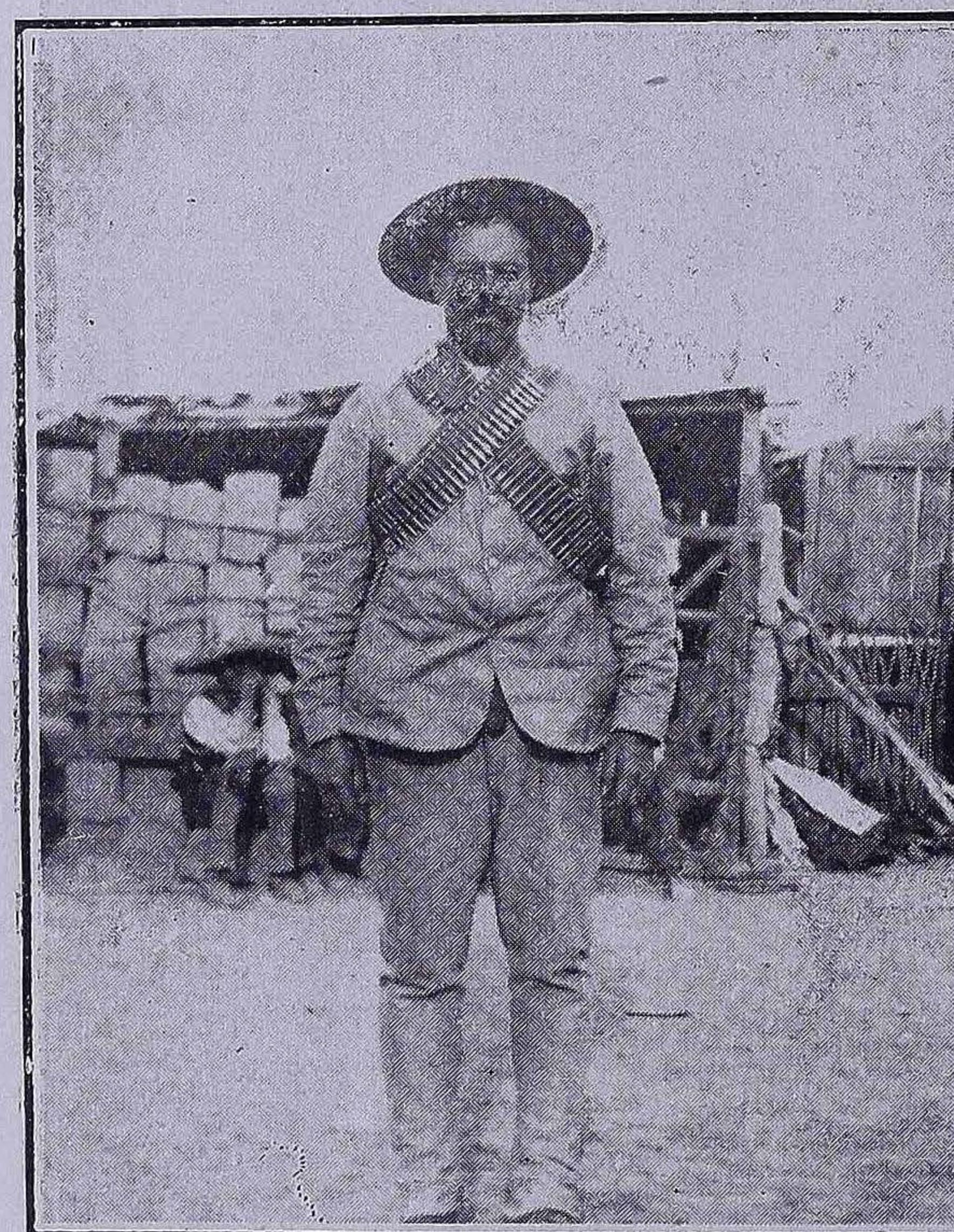
realmente ha hecho la revolución, y por tanto le declaro á usted mi prisionero...

Madero, en cuanto se vió en la calle, comprendió que de no obrar con rapidez, todo estaba perdido, é improvisando la tribuna desde un automóvil, arengó á los amotinados, preguntándoles á quién obedecían, si al Presidente, representante de la revolución, ó á los que quería prender á ese mismo Presidente.

Hubo un instante terrible.

Orozco, al pie mismo del automóvil, llegó á poner la pistola en el pecho de Roque González Garza, que á su vez se hallaba al lado de Madero.

De haber sonado un tiro, uno sólo, en tan críticos instantes, aquello hubiera sido el caos, pues tropas fieles á Madero, en número de más de trescientos hombres, habían rodeado el lugar, dispuestas á defenderle.



El revolucionario Francisco Villa

Madero, desde su automóvil, tuvo el valor de anunciar á Villa que sería fusilado por... desobediente; pero con Orozco no llegó á tales promesas, sobreviniendo el famoso abrazo, lágrimas, etc., de que ya el lector tiene completo conocimiento.

Añadamos á esta verídica versión, algo que no es del dominio público.

Inmediatamente después del incidente, alguien, Mr. X. (no estamos autorizados para revelar su nombre,) entrevistó á Orozco, y le hizo redactar su también famosa carta de adhesión, reconociendo á Madero, bajo la presión de dura censura de su conducta y promesa de traer al ejér-

cito americano á Ciudad Juárez, antes de veinticuatro horas.

Esta, y no otra, es la verdad sintética de los hechos apuntados.

Para acabar de perfilar á Orozco, disipando la aureola de crueldad que ha querido atribuirse, nos parece oportuno citar la anécdota siguiente, ocurrida entre él y persona que sobre él ejerció grande influencia:

—“¿Cuántos ha mandado usted matar? —hubo de preguntarle la referida persona.

—“A doce; no puede usted figurarse lo que es eso... —contestó Orozco.

—“Y cuál de esas muertes le pesa á usted más? —prosiguió el interlocutor de Orozco.

—“La del Licenciado Norina...”

Orozco, vivía desahogadamente en Chihuahua, propietario de unos aserraderos, al estallar la revolución, y según datos recogidos, no es cruel ni le gusta matar.

En fin, vaya el juicio de Roque González Garza sobre Orozco, Jefe de su Estado Mayor y secretario privado de tan popular jefe.

“Es Orozco, patriota, humilde, desinteresado, y muestra gran deseo de guiar por quien conceptúa superior.

En cuanto á su golpe de vista es realmente maravilloso.

A la primera ojeada, sabe quién le habla de buena fe y quien no.

Es hombre de corazón, y lo prueban sus lágrimas, á raíz del tantas veces repetido incidente, junto con la frase:

—“Yo quisiera con toda mi alma que D. Francisco me pusiera á prueba, pues estoy dispuesto á todo, por hacerle olvidar “aquellos,” hasta á arrojarme á un precipicio si me lo mandase...”

Roque González Garza, como es sabido, fué quien por orden de Madero, dos días después de la acción de Casas Grandes, fué designado para atraerse á Orozco. (8 marzo 1911.)

Orozco, en aquella fecha, obraba por su cuenta y riesgo, y hasta ignoraba la situación de Madero, al que suponía en Coahuila.

La opinión, por tanto, de González Garza, es de algún mérito y valor.

Una palabra para terminar este capítulo.

Se ha dicho, y creído, que es lo peor, que el número de bajas en el ataque de Ciudad Juárez, fué limitadísimo.

Es inexacto, y basta tender una ojeada á los estragos causados por la artillería,

para rectificar en seguida el erróneo concepto, que, también esta vez, cayó como maza de plomo, sobre la resignada cervecia del pondonoso ejército defensor federal.

Persona honorable, cuyo nombre no es-

no fué menor de ochocientas cincuenta. Hubo casa de las destruidas por la artillería de la que se extrajeron la friolera de más de cien cadáveres.

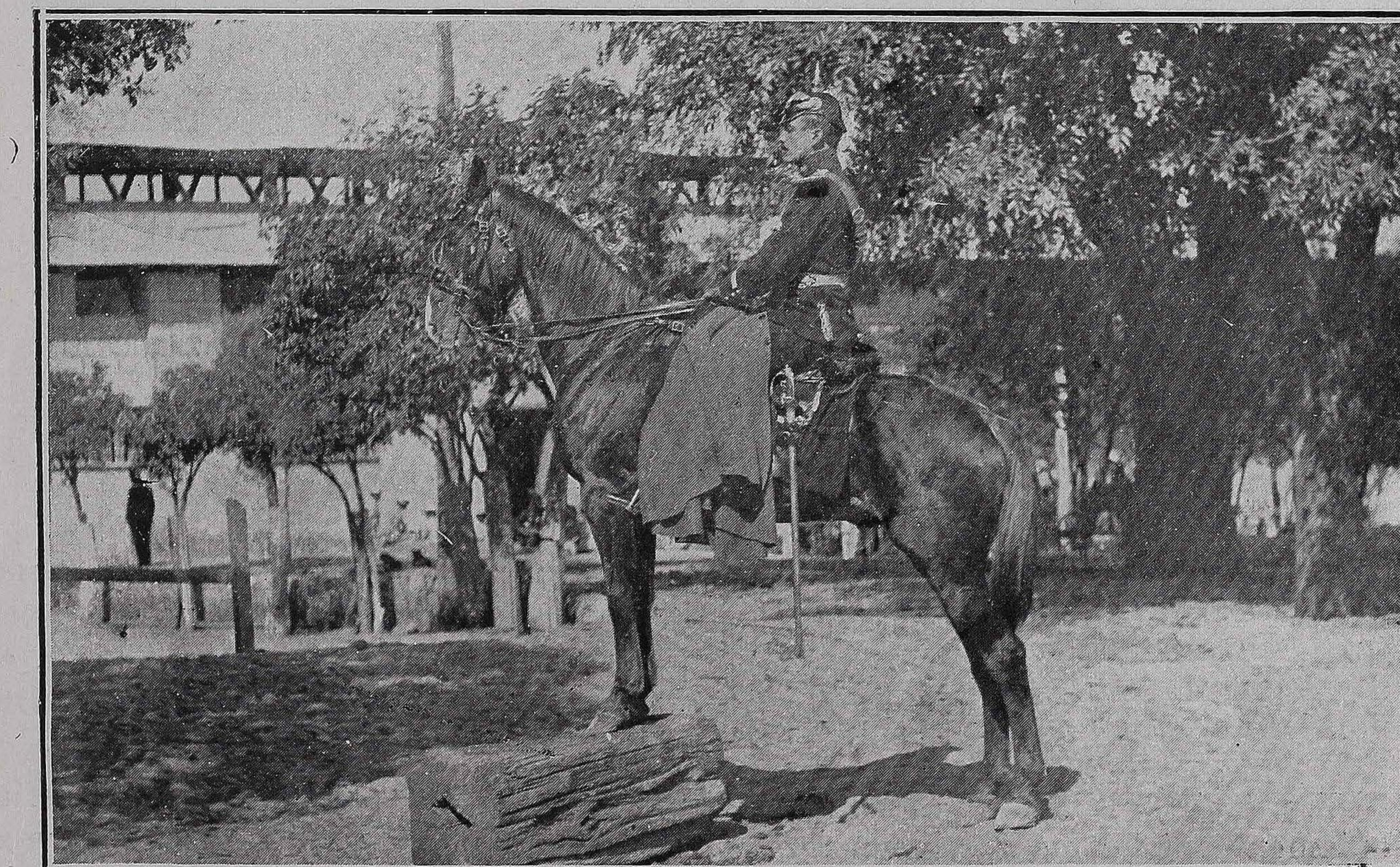
Pero, si todavía quedase alguna duda, registrense las riberas del “Bravo.”



Ovación á Orozco el 11 de Mayo

tamos autorizados para revelar, asegura, (y ello concuerda con nuestra propia observación y triste experiencia de estos lances), que el número de bajas maderistas

en ellas fermentan, y se pudren tranquilamente, las víctimas de aquella épica jornada, donde tanta sangre hermana corría á raudales...



Capitán Felipe Cejudo, muerto heroicamente en Ciudad Juárez